

UN VIAJE EN SOMBRERO

Eduard Pereira Jaramillo

UN VIAJE EN SOMBRERO

Cuentos de aire y viento



©2022, Editorial Escarabajo S.A.S.
Calle 87 A No. 12 - 08 Ap. 501
Bogotá, Colombia
www.escarabajoeditorial.com
escarabajoeditorial@gmail.com

©Eduard Pereira Jaramillo
Colección Narrativa de cuento infantil Yolanda Reyes *Los agujeros negros*

Homenaje a Yolanda Reyes

Director de la colección: Eduardo Bechara Navratilova
Editores: Julián Beltran & Eduardo Bechara Navratilova
Diseño de portada: Alejandra Casallas
Diagramación y diseño del interior: Melissa Álvarez Quintero
Ilustraciones de interior: Elkin Muñoz Duque

ISBN: 978-628-7546-27-1

Queda hecho el depósito de ley.

Primera edición en Colombia: Escarabajo Editorial S.A.S. 2022

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida de forma total o imparcial, ni registrada o transmitida en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin permiso previo por escrito del autor o la editorial.



Premio Nacional de Cuento infantil
Volanda Reyes

*A todos los que hacemos sonreír a nuestro
niño interior y sabemos muy bien que se puede
volar en un sombrero.*

Prólogo

Un libro de cuentos es como un árbol cargado de frutos. Cada uno, en su singularidad, nos alimenta de emociones, nos presenta una semilla del mundo. Un libro de cuentos también es una suerte de bosque: cada sombra, cada huella, cada gota de rocío, esconde una historia. Un bosque, en el que la raíz de cada cuento se alimenta con la fantasía y la ternura. En un libro de cuentos y en un bosque, las ramas, dialogan en susurros, se comparten personajes y transforman con su música los movimientos de un conejo, de un sombrero y de todas las cometas.

Los cuentos de esta antología, maduros, jugosos, nos elevan hasta un lugar escondido de nuestra infancia y nos llenan de esperanza. La voz de Eduard Pereira, sosegada y tierna, construye un mundo de sabios animales, estrellas de ojos azules y familias disfuncionales que logran superar sus heridas con hermosos símbolos. Es un libro que enfrenta, desde la mirada creadora de la niñez, desde la metáfora, todos los laberintos de la vida adulta.

Los pasteles y los sombreros, nos hablan de la tristeza, de la pérdida y del amor. Las historias de Eduard no esconden las penas, no enmascaran el dolor. Son narraciones que desnudan realidades con

la certeza inquebrantable que la imaginación es la única manera de entendernos y sanar las heridas. Así, un espantapájaros, cansado de la soledad, abandona la estaca y siembra la tierra para que vuelvan las aves. Es la imaginación la que une a dos hermanos que, solos en la casa, se dan la mano para volar sobre el lomo de un gran pájaro prehistórico. Es la imaginación la que supera el miedo y te da valor para reparar la luna que se cayó en tu patio. Eduard Pereira llena de color, de voces, de poesía, el destino irreal de un fantasma de colores, de un cerdo indignado con un artículo de prensa.

Este libro prueba que la narrativa infantil nunca envejece: Caperucita, el cazador, el lobo y Alicia, habitan nuevos mundos, caminan por nuevos bosques y nos ofrecen nuevos frutos. Los dibujos se rebelan contra las manos creadoras y los niños, en un sombrero o en un diente de león, traspasan las fronteras del desamparo para abrazar a sus padres. Los pájaros y las jaulas se hacen amigos en la libertad de un árbol y un pato enamorado de una guitarra decide alimentarse sólo de música. Este libro prueba que la imaginación es una manera de habitar la tierra, de explicarla, de sentirla.

Gabriel Rodríguez
Director
Altazor Escritura Creativa
Cali, Colombia





PTERODÁCTILO

Hermanita, ¿todavía nos tenemos que quedar mucho rato en la casa? —preguntó un niño mientras bostezaba tan profundamente que parecía que se iba a tragar al mundo.

—¿Así de aburrido estás? —le preguntó la hermana.
—Mucho, en la televisión no hay nada bueno —dijo él.

—Entonces despejemos la pista —respondió ella.

—¿Cuál pista? —preguntó el niño.

—Pues este cuarto, ¡ayúdame! Tenemos que poner los juguetes en el mismo rincón.

Acomodaron todo como pudieron en una pila que no parecía muy segura, pero que permitía el desplazamiento. Incluso, movieron la cama hacia la pared y también pusieron juguetes sobre ella.

—¿Nos vamos? —dijo la niña

—¿En qué? —preguntó él.

—Volaremos —resolvió ella.

—¿En un avión?

—No, no sé pilotear un avión... a duras penas monto en bicicleta —dijo la chica.

—¿Y entonces?

—Mira —dijo ella mientras dibujaba, con tiza, un enorme pterodáctilo sobre el piso, tenía las alas desplegadas.

—Móntate detrás de mí, agárrate fuerte.

—¡Claro! Si no lo hago, me caigo —y apretó los

brazos en la cintura de ella y cerró los ojos lo más que pudo.

Ambos cerraron los ojos. Ambos cerraron los ojos lo más fuerte que pudieron.

Volaron por montañas, valles, pueblos, ciudades, sobre los árboles, entre bosques; mojaron sus manos en un océano frío; se llenaron de arena los pies en el desierto; las nubes los hicieron estornudar y, por fin, al abrir los ojos, llegaron a casa.

—¿Te gustó el viaje? —preguntó la niña cuando terminó de narrar los lugares por los que habían pasado.

—Sí, pero el agua estaba muy fría —dijo el niño, después de un estornudo, luego saltó al lado del pterodáctilo de tiza.

—¡No quiero que te enfermes!, creo que lo mejor será volar a otros mares —sugirió la niña siguiendo la corriente y recordando que su mamá siempre decía que para el mar era mejor ir hacia el centro de la tierra, que hacia los polos.

—Cuando yo aprenda a montar en la bicicleta, ¿dibujamos un avión? —preguntó el niño.

—¿Para qué quieres un avión? —dijo ella.

—Para llevarte al polo norte y hacer angelitos de nieve —dijo él tras otro estornudo.

—Entonces dibujaremos un avión, tú lo manejarás y yo me sentaré atrás. Le diré a papá que me enseñe a hacerlos, ¿De acuerdo?

—¡De acuerdo! Pero tú te sientas al lado mío. Un piloto siempre necesita un copiloto.

—¡Copilota! —corrigió ella

—¡Qué pelota! —dijo él y estornudó.

Y les dio un ataque de risa que solo se detuvo cuando los mandaron a callarse, lo que les causó mucha más risa y volvieron a empezar.



